¿Revolución versus Transición? Visiones de España desde el Portugal revolucionario y posrevolucionario

MANUEL LOFF

«Las comparaciones son portuguesas»

Volvamos a los años setenta. Lo que (demasiada...) literatura describe como el canto del cisne de la preeminencia de las ideologías en la vida social y en su interpretación, coincidió, justamente, con la crisis definitiva de las dos dictaduras ibéricas herederas del modelo fascista del *Nuevo Orden* de los años treinta y cuarenta.¹ Y con la subsiguiente construcción de los sistemas democráticos español y portugués, fase inevitablemente fundadora del mañana que vivimos hoy en ambos lados de la frontera intraibérica, con todas sus limitaciones, mistificaciones y bloqueos, pero también con –todavía o cada vez más, según donde se mire– mucha de la ilusión de esos años creadores.

Lo que hoy se describen como las democracias portuguesa y española resultaron del desarrollo de un proceso muy distinto a partir de estadios políticamente estructuralmente semejantes. A una similitud fundamental de los estadios inmediatamente anterior y posterior al proceso (unos regímenes autoritarios hasta 1974, en Portugal, o 1976, en España, y unos regímenes democráticos desde 1976, en Portugal, o 1978, en España) corresponde una contraposición muy fuerte en lo que al proceso mismo se refiere. La forma más sintética de describirla es entender lo que significa llamar *Revolución* al proceso democratizador portugués y *Transición* al español (véanse SÁNCHEZ, 1993 y 2000). Y otra consideración central para entender los términos del debate en torno a las características y potencialidades de ambos modelos es tener presente que las élites políticas y sociales de ambos Estados acabaron imponiendo la interpretación hegemónica de la superioridad y bondad intrínseca del modelo *transicional* español, más o menos intensamente *vendido* a las élites poscomunistas de Europa Oriental o a las poscastrenses de Latinoamérica, confrontado con los riesgos y los *errores* del modelo revolucionario portugués.

Lo que probablemente resultará más curioso de la revisitación del período de la (re)construcción democrática ibérica es como, aparentemente, por lo menos, la comparación entre el ciclo político que la Revolución del 25 de abril de 1974 abrió en Portugal y la tímida y lentísima *apertura* política que el tardofranquismo fue simulando a partir del asesinato de Carrero empezó favoreciendo, porque más auténtico, el modelo portugués («Las comparaciones son portuguesas», escribía Máximo, en una de sus viñetas sutiles, de mayo de 1974)² a los ojos de todos aquellos que buscaban la democracia como objetivo real, para luego, tras el triunfo de las llamadas *normalizaciones*

democráticas, es decir, de soluciones políticas que buscaban consensuar la construcción democrática entre sectores moderados de las oposiciones antifranquista y antisalazarista y las elites sociales que habían sostenido a las dictaduras durante cuatro o cinco décadas, la Transición española aparece, en el discurso dominante, como modélica y claramente preferible a la Revolución portuguesa como fórmula para el paso de una dictadura a un régimen democrático.

Permítanme formular unas cuantas cuestiones centrales a las que nos podremos acercar partiendo de un planteamiento comparativo de las dos transiciones ibéricas a la democracia:

- ¿Se trataron, en su producto final, de transiciones completas o incompletas? Para la gran mayoría de clase política del Estado español, por lo menos hasta la derrota del PP en 2004, la democracia española y sus utensilios constitucionales estaban *completos* desde 1978. Aparentemente, el contrario es sostenido, o sentido, por prácticamente todos los actores políticos portugueses desde 1976, aunque, evidentemente, por razones muy distintas entre ellos: para los socialistas y la derecha, que se empeñaron en reformar el texto constitucional aprobado en 1976 en no menos de seis ocasiones, tres de ellas (1982, 1989 y 1997) con implicaciones sustanciales, el régimen constitucional resultante del período constituyente de 1975-76 revelaba demasiadas marcas del período revolucionario; para los comunistas y la extrema izquierda, 1976 había sido un simple punto coyuntural de consenso para asegurar constitucionalmente las *conquistas de Abril*, aunque el objetivo de una sociedad socialista, inscrito en el texto constitucional mismo hasta 1982, fuese todavía una meta a construir.
- ¿De qué forma la construcción democrática más precoz (la portuguesa: más rupturista, más radical) condicionó a la más tardía (la española: más moderada, más pactada entre el viejo aparato de poder y las fuerzas del cambio)?³
- ¿Desde una perspectiva portuguesa, hasta qué punto la democratización y, luego, *europización* conjuntas portuguesa y española cambiaron la naturaleza nacionalista del discurso político dominante en Portugal —aunque lo mismo se pudiese cuestionar sobre el discurso español?

La percepción portuguesa del papel de España en su Historia

Empecemos por la verificación de un hecho político prácticamente inevitable: la construcción nacional portuguesa tuvo en España —es decir, en la configuración de la relación con los demás pueblos de la Península— un terreno inevitable de contraposición, frecuentemente, como ocurre con todos estos procesos, a través de la fabulación, de la duda o del artificio. Sin embargo, no todos los nacionalismos portugueses, los de derechas como los de izquierdas, percibieron a España, a lo español, por igual, ocurriendo lo mismo con las izquierdas portuguesas no nacionalistas.

A menudo, España (proyección del Estado español o pluralidad de entidades nacionales, según los casos) funcionó como componente positivo, imprescindible, en los proyectos

políticos de varias corrientes ideológicas portuguesas, reproduciendo curiosamente lo que ocurre con las mismas corrientes ideológicas presentes en el abanico político del Estado español. Por ejemplo, muchos en las distintas izquierdas portuguesas de mediados de Ochocientos y de los años treinta (II República española y Guerra Civil española) habrán percibido positivamente las potencialidades emancipadoras de soluciones más o menos federalizantes coordinadas entre los «pueblos de la Península». Asimismo, aquellos que hoy se designan como socialistas en los dos Estados ibéricos hace bastante que identifican *democratización* con *integración europea*, sintomáticamente imaginada en conjunto, es decir, de Portugal y de España. A la derecha, a su vez, muchos monárquicos defendieron, en el período de 1890-1926 (crisis del régimen monárquico, I República portuguesa), la necesidad de una *mano hispánica*, visceralmente *católica*, para reprimir también de este lado de la frontera, como decía António Sardinha, «los particularismos y las disidencias anárquicas de la edad contemporánea», siendo por tanto necesario eliminar «la tara más grave del patriotismo portugués, que, disminuyendo y ocultando todo lo que hay de universal en nuestro genio, parece instituir como condición fundamental de nuestra independencia, un odio profundo, un odio ciego, un odio irracional a España». ⁴ Veremos enseguida como una variopinta coalición antirrevolucionaria —restos del Salazarismo, los de la PIDE, la policía política, en particular, de disidentes reaccionarios del *Movimento das Forças Armadas* (MFA) que organizó el 25 de abril, y de intereses económicos asociados a la dictadura— apostó por el apoyo franquista para intentar interrumpir el experimento revolucionario que trajo la democracia a Portugal en 1974-76. En este sentido, estos sectores dependían claramente de la estabilidad del tardofranquismo.

En los años treinta, no *muchos*, sino *todos*, en las derechas portuguesas «dispenderam esforços, perderam vidas, correram riscos, compartilharam sofrimentos», según el mismo Salazar, ⁵ por el triunfo de esa España *imperial* que Franco buscó reconstruir después de una victoria plena de sangre y de retórica —conscientes de que, dentro de esa retórica, la concepción historicista de la «unidad de destino en lo universal» (uno de los puntos fundadores de Falange Española) podía equivaler a la «ilusión de Felipe II» que Botelho Moniz, comandante de los *Viriatos* portugueses que lucharon al lado de Franco en la Guerra Civil, encontraba en los partidarios del «imperialismo nacionalista espanhol». Los salazaristas fijaron entonces una alternativa que aun hoy aparece reflejada en el discurso *antiespañol* más conservador: se trataba, en los años de la guerra y de la posguerra de España, de elegir entre dos Españas y dos *peligros españoles*: «entre um perigo *certo e imediato*», el del que describían como federalismo *sovietizante* republicano, «que nos encontra mal preparados e divididos, e um perigo *improvável e longínquo*», el de la «hipótese absurda da cegueira imperialista» de los franquistas, «contra o qual conseguiríamos a unidade pátria, o prazo necessário para a nossa preparação militar e o auxílio da nossa aliada», Gran Bretaña; entre uno y otro peligros, «escolhemos este último e seja o que Deus quiser!» (Moniz, en *Diário de Lisboa*, 2.5.1939).

Por el contrario, y como resulta expectable, nacionalistas y (a veces) no nacionalistas percibieron una evidente amenaza nacionalista española, al que llamaban el *perigo*

espanhol, esta vez de naturaleza ideológica exclusivamente conservadora y antirrevolucionaria. Los republicanos de 1890-1926 y las distintas izquierdas de 1974-76 lo percibieron en la tensión anexionista o intervencionista de períodos del reinado de Alfonso XIII y del último Franquismo: en ambos, el Estado español, como mínimo, dio cobijo a las conspiraciones involucionistas, primero dirigidas contra el proceso de ascenso del republicanismo portugués y de su consolidación como régimen, luego dirigidas contra el proceso revolucionario y democratizador portugués.

Un lugar intermedio ocupan los 30 años que separan el final de la II Guerra Mundial y de las veleidades franquistas relativamente a Portugal y el 25 de abril de 1974, en los que mejor se reflejan las reiteradas *costas voltadas/vivir de espaldas*, no tanto entre las dos sociedades, sino más bien entre dos regímenes y dos elites dominantes que sabían como les era esencial que se conservara la hegemonía política y social de la otra pero que, en lo más hondo de sus concepciones nacionalistas, despreciaban lo que creían significar la identidad histórica del otro país. Un subterráneo antiespañolismo recorrió el Salazarismo, mientras la ignorancia patentada de todo lo que fuera portugués recorría el Franquismo.

El marco cronológico del período revolucionario portugués (1974-76)

Empecemos por aclarar algunas pautas cronológicas que propicien más nitidez al marco comparativo. El golpe militar del 25 de abril de 1974, organizado por los jóvenes capitanes del *Movimento das Forças Armadas* (MFA), se está preparando desde septiembre de 1973. La Guerra Colonial que las tropas portuguesas mantienen en Angola, Guinea y Mozambique contra los movimientos africanos de liberación nacional está en su decimotercer año de duración; a un ritmo de 170 mil emigrantes que abandonan anualmente el país, el régimen salazarista, ahora bajo la dirección de Marcelo Caetano, apenas tiene dónde encontrar refuerzos para una guerra que se había vuelto enormemente impopular. En España, a los cuatro meses del inicio de la conspiración de los capitanes portugueses, ETA mata, el 20 de diciembre, al único hombre al que Franco dejó que se considerara como su sucesor, el almirante Carrero Blanco, al mismo tiempo que se produce la condena de los diez activistas de CCOO del *Sumario 1001*. Dos meses antes del golpe portugués, Arias Navarro produce su discurso del que luego se hablará como *del espíritu del 12 de febrero*.

Triunfador el golpe militar portugués, que tan original y sorprendente parecía, por sus intenciones democratizadoras, siete meses después del golpe pinochetista en Chile, mientras trascurre el corto mandato presidencial de António de Spínola (abril-septiembre de 1974) y va configurándose el carácter revolucionario de un experimento político en el que se entremezclan liberación política, social y cultural, hundimiento de la alianza Estado-clase dominante y arranque del proceso descolonizador, en España se crea la *Junta Democrática Española* (junio) y Franco es ingresado en su primera agonía (julio-septiembre); en otra latitud del Mediterráneo, se produce la caída de la dictadura militar griega (julio).

La evidente radicalización revolucionaria portuguesa (octubre de 1974-septiembre de 1975) corresponde, en su fase inicial, en España al evidente giro reaccionario en el Gobierno Arias (fin de octubre de 1974) y a la publicación del frustrante *Estatuto Jurídico del Derecho de Asociación Política* (diciembre de 1974). Mientras fracasa el más grave intento armado involucionista contra la Revolución portuguesa (11 de marzo de 1975), en el que las fuerzas spinolistas cuentan con la evidente complicidad franquista, las primeras elecciones libres se realizan en el mismo día en el que Franco proclama el estado de excepción en Gipuzkoa y Bizkaia (25 de abril de 1975). El políticamente caluroso Verano portugués (el *Verão Quente* de 1975), en el que las ocupaciones de fábricas y de grandes propiedades agrarias y la descolonización, en julio, de Mozambique, Cabo Verde y Santo Tomé (después de la de Guinea Bissau en diciembre) coexisten con la ofensiva derechista que barre todo el Norte y el Centro del país, destruyendo instalaciones del Partido Comunista Portugués (PCP) y de algunos de sus aliados políticos y sindicales, coincide en España con el agravamiento de la represión del último Franquismo: mientras se constituye la *Plataforma de Convergencia Democrática* (junio de 1975), son detenidos varios miembros de la *Unión Militar Democrática* (UMD), se publica, en julio, el Decreto Ley sobre la «Prevención del terrorismo» (27.8.1975) y, por fin, se producen las condenas de los militantes de ETA y del FRAP en agosto-septiembre que llevan a los fusilamientos del 27 septiembre, fecha en la cual se produce el asalto popular a la Embajada española en Lisboa.

En los primeros días de ese septiembre de 1975, la izquierda militar portuguesa pierde la batalla por el control del MFA: Vasco Gonçalves dimite como Primer Ministro del Gobierno Provisional y es sustituido por un hombre de la derecha militar, el almirante Pinheiro de Azevedo, políticamente controlado por los partidos que coparán casi todo el poder institucional en Portugal desde entonces – el Partido Socialista (PS), de Mário Soares, y el Partido Popular Democrático (PPD, futuro y actual Partido Social Demócrata), de Francisco Sá Carneiro. La caída de Gonçalves conlleva la caída de casi todos los comandantes militares cercanos al PCP o a la extrema izquierda que tiene en Otel Saraiva de Carvalho su referente en el MFA, lo que, con todo, no impide que se proclame la última independencia de las colonias portuguesas en África, la de Angola (11 de noviembre). El ambiente de deslizamiento hacia una guerra civil que parecía vivirse en Portugal, leído desde Madrid como el del desarrollo de una «nova Cuba» en Europa (véase SÁNCHEZ, 1993: 352), coincide con el reingreso clínico y la agonía final de Franco (30.10-20.11.1975).

A los cinco días de la muerte de Franco, una provocación de los militares políticamente moderados del *Grupo dos Nove*, junto con la derecha y la ultraderecha castrense y política, lleva a la derrota de la izquierda radical (PCP, sus aliados y extrema izquierda) y militar en el golpe del 25 de noviembre, de cuyo desenlace resulta un evidente giro a la derecha y el final del período revolucionario, lo que permite avanzar, sin embargo, hacia la aprobación de un texto constitucional (abril de 1976) fuertemente anclado a la izquierda. La *normalización* portuguesa coincide con la entrada de Adolfo Suárez

en el nuevo Gobierno Arias (diciembre de 1975). En marzo siguiente se constituye la *Coordinadora Democrática* y en junio Suárez sustituye a Arias en el mando del Gobierno español, haciendo aprobar la Ley de *Reforma Política* (septiembre) y convocando el referéndum de diciembre siguiente. Por esas fechas, en Portugal, Soares se había vuelto ya Primer Ministro y el general Ramalho Eanes presidente de la República Portuguesa (ambos en julio), empezando, por iniciativa del Gobierno socialista, el desmantelamiento de una de las *conquistas* (en la terminología de la época) más visibles y emblemáticas de la Revolución de los Claveles: la Reforma Agraria.

Para Josep Sánchez Cervelló, el primero y más persistente de los investigadores a analizar el influjo de la Revolución portuguesa en la Transición española:

não foi casual que os passos decisivos para a democratização de Espanha tenham coincidido no tempo com a progressiva «descomunização» de Portugal porque, se esta não se tivesse produzido, mesmo que Franco morresse, o «mau» exemplo português teria impedido ou retardado a implantação democrática em Espanha (SÁNCHEZ, 1993: 343).

Rafael Durán, estudiando *Las movilizaciones sociales y el Estado en las transiciones española y portuguesa*, subraya que «frente al tránsito por reforma y controlado desde el propio régimen [franquista], la ruptura contiene un elemento sorpresivo, y, por lo tanto, es susceptible de generar una sensación de *liberación* respecto de las constricciones que emanaban de la dictadura, que imponía la dictadura». *Ruptura*, y ruptura efectivamente sorpresiva, fue lo que ocurrió en Portugal entre 1974 y 1975: el Estado mostró «debilidad» y «inacción coactiva», no solamente delante de los «colectivos sociales movilizados» (DURÁN, 2000: 361-62), sino que se desarmó, en gran medida por boicot de las masas, delante de los movimientos de liberación nacional de sus antiguas colonias africanas, acelerando, de ese modo, un proceso de reestructuración de la identidad nacional y de la organización del Estado mucho más osado, por su carácter rupturista, que lo ocurrido en España en los años siguientes.

La tensión entre los dos Estados durante el período revolucionario portugués

Los años de 1974-75 abrieron un ciclo de evidente contraposición entre dos tipos de evolución del modelo de Estado en Portugal y en España que chocaban entre sí. La ecuación no resultaba inédita, ni mucho menos, en la Historia del siglo XX ibérico: lo mismo había ocurrido en 1910-26 (República laicista en Portugal, Monarquía crecientemente autoritaria en España) y en 1931-39 (dictadura salazarista en Portugal, República democrática en España, militarmente desafiada en su última fase por las derechas fascistizadas con el apoyo explícito portugués), y también entonces las tensiones políticas entre los dos Estados pasaron por la sospecha de que cada uno apoyaba y cobijaba a la oposición que conspiraba contra el otro.

La duplicidad de actitudes en el comportamiento de los que gobernaban en Lisboa y en Madrid fue la inevitable consecuencia de semejante coyuntura. Por una parte,

se alardeaba y reiteraba neutralidad oficial recíproca: los ministros de Asuntos Exteriores de ambos países se encontraron en cuatro ocasiones del período revolucionario portugués –Mário Soares con Pedro Cortina en junio (Madrid) y septiembre (Nueva York) de 1974; Melo Antunes se entrevistó con su homólogo español, Pedro Cortina, en julio de 1975 (en Madrid) y con Areilza en febrero de 1976 (en Guarda). Arias Navarro llegó hasta a encontrarse oficialmente con el presidente de la República Portuguesa, el general Costa Gomes, en Helsinki en agosto de 1975,⁶ justamente cuando la confrontación política en Portugal se acentuaba más–.

Tanto Portugal como a Espanha estavam conscientes de que um confronto diplomático redundaria em prejuízo mútuo. Portugal, com o difícil problema da descolonização e a grave instabilidade interna, não tinha o menor interesse em travar um novo conflito na sua retaguarda. Por sua vez, a Espanha, com Franco moribundo, com problemas de ordem pública, de terrorismo, com o conflito do Saara, etc., também não tinha interesse noutra foco de preocupação (SÁNCHEZ, 1993: 347).

Sin embargo, por debajo de esta cutícula oficial, el tardofranquismo, y sobre todo sus aparatos militar y de seguridad, protagonizaron una muy mal ocultada injerencia en la situación política portuguesa, apoyando las fuerzas involucionistas que reclutaban operacionales entre algunos excombatientes de África más fanatizados y buscando sustentación financiera en las elites socioeconómicas herederas del Salazarismo. Para empezar, el número dos de la policía política (la PIDE/DGS),⁷ Barbieri Cardoso, se instala en Madrid inmediatamente después del 25 de abril de 1974 y organiza una fuerza armada, responsable por una oleada significativa de ataques terroristas, el *Exército de Libertação de Portugal* (ELP). A finales de ese año, Spínola, que había abandonado la presidencia de la República el 30 de septiembre, se desplazó tres semanas a España para organizar el *Movimento Democrático para a Libertação de Portugal* (MDLP) en coordinación con el ELP.

La preparación del golpe del 11 marzo de 1975 –el primer intento contrarrevolucionario verdaderamente serio– contó, según la generalidad de los testimonios portugueses, no sólo con el apoyo logístico español, por parte militar y de la DGS, sino también con el político del mismo Arias Navarro que, según cualificados conspiradores portugueses, habría asegurado el reconocimiento formal del Gobierno español a un futuro gobierno portugués que saliera de la conspiración triunfante, o, en caso de fracaso, el estatuto de asilados políticos (SÁNCHEZ, 1993: 351).⁸ En esa fase, y, de nuevo en la evaluación de Sánchez Cervelló, el «centro logístico» de la contrarrevolución portuguesa:

estava em Madrid, o seu serviço de informações em Alcalá de Henares, e as suas bases de treino nos arredores do Vale dos Caídos, em Ávila e em zonas da fronteira com Portugal (Ídem; más detalles en DÁMASO, 1999: 123-55).

De hecho, entre el Otoño de 1974 y el Invierno de 1976/77 la conspiración antirrevolucionaria consiguió introducir en la euforia de la liberación y de la toma de la calle por la más movilización popular más amplia y relevante de la Historia

portuguesa lo que algunos recuerdan hoy como unos sombríos «tempos de chumbo» en los que «[os] *bastidores da direita e da extrema-direita portuguesas [...] sonharam com o marechal Spínola a liderar um regresso triunfante à pátria*» de todos aquellos que, confrontados con la irresistible oleada revolucionaria, eligieron España, el Brasil, Sudáfrica o la Rodesia de Ian Smith como tierras de refugio y plataformas de reconquista. Ese «*tabu sagrado da história contemporânea portuguesa*» del que habla Eduardo Dâmaso para referirse al «*movimento da contra-revolução de direita*» de los años 1974-76 parece constituir un:

passado tão incómodo que tocar-lhe tem sobretudo o risco de nos confrontar com realidades e distorções de imagens já mitificadas pelos acontecimentos políticos posteriores, pelas vitórias e pela redenção das faltas passadas (DÂMASO, 1999: 10-11).

El ELP, el MDLP, el llamado plan *Maria da Fonte*, disponiendo de operacionales entre los ultras antimarcelistas (los que en 1973 habían convocado el polémico *Congresso dos Combatentes do Ultramar*), representaron, con el apoyo del Estado español, el brazo armado del «anticomunismo terrorista» que, según Sánchez Cervelló, llevó a cabo más de medio millar de operaciones terroristas, de las que resultaron, por lo menos, 14 víctimas mortales. El historiador catalán enumera:

quatro componentes: o apoio da hierarquia eclesiástica, cujo epicentro foi o arcebispado de Braga; a ajuda operacional, técnica e económica de Espanha, que além disso proporcionava uma retaguarda segura; a colaboração com os militares contrários ao 25 de Abril que vertebrou todo o movimento, tornando-o eficaz; e, por último, a concordância de todas as forças políticas desde os socialistas até à direita, maioritárias nos distritos do centro e norte do país (SÁNCHEZ, 1993:237).

Las autoridades revolucionarias portuguesas, por su parte, disponían de poco espacio de maniobra delante de la duplicidad española. A finales de 1974:

o Serviço de Inteligência militar português contactou com a União Militar Democrática (UMD) para lhe garantir apoio suficiente em material bélico e logístico para realizar um golpe de Estado, o que permitiria à Revolução portuguesa proteger as suas próprias costas;

con todo, si tenemos presente la dimensión efectiva de la subversión democrática dentro de las filas militares españolas, nos daremos cuenta de como resultaba casi inútil el esfuerzo portugués, que poco más consiguió que proteger al portavoz en el exilio de la UMD, el capitán José Ignacio Domínguez. La posibilidad de que ETA o el FRAP hayan podido «[realizar] *actividades conspirativas em Portugal [...] [seguinto, fotografando e ameaçando] os membros das delegações diplomáticas espanholas*» (SÁNCHEZ, 1993: 352) en Portugal, resultó mucho más de los contactos con grupos de la extrema izquierda portuguesa de raíz ideológica maoísta o guevarista –casos de la *Liga de Unidade e Acção Revolucionária* (LUAR) y del *Partido Revolucionário do Proletariado/Brigadas Revolucionárias* (PRP/BR) con ETA e de la *União Democrática Popular* (UDP) con el FRAP– que de alguna actuación deliberada de la autoridad militar revolucionaria.

El «*momento mais dramático e difícil das relações entre os dois países*» (Melo Antunes, citado en SÁNCHEZ, 1993: 354) acabó siendo el asalto e incendio de parte de las

instalaciones de la Embajada de España en Lisboa el mismo día de los fusilamientos de Otaegui, Txiki, Baena, García y Sánchez Bravo. Para Sánchez Cervelló, este «*continua a ser um dos episódios mais obscuros de todo o processo português*», y aunque reconozca que «*geralmente se aceita que a organização e direcção da acção fosse obra da FRAP-UDP*», siendo «*possível a hipótese de que tentassem sequestrar o embaixador espanhol e eventualmente outro pessoal diplomático*», puntualiza que todo se produjo «*no meio de uma intensa campanha de desinformação e intoxicação*» que el mismo Eloy Ibáñez, entonces agregado cultural en Lisboa, atribuyó, en una entrevista con el historiador catalán, realizada en 1985, directamente a los «*serviços secretos*» españoles. Se trataba, aparentemente, de provocar a los portugueses con rumores como los de que «*um exército que ia de Portugal invadir a Espanha*», «*história*» en la que «*acreditou o nosso Alto Estado-Maior*», o de que «*centenas de tanques pesados espanhóis chegaram a tomar posição entre Cáceres e Badajoz*» (Pinheiro de Azevedo), descritos por el ultraderechista Paradela de Abreu como siendo de la División Brunete. Lo que algunos testimonios españoles confirman es que, en el caso de que la hipótesis de secuestro del embajador se hubiese cumplido, Madrid apostarí por una intervención militar española, «*visto que a estudaram altas esferas militares, prevendo-a bem sucedida*» (véase SÁNCHEZ, 1993: 355-56).

Visiones de España desde el Portugal revolucionario y posrevolucionario

Una Revolución catalizadora de un cambio democrático en España —ésta fue, en lo que al análisis del proceso político español se refiere—, la primera representación que la prensa política portuguesa de izquierdas produjo del papel del proceso revolucionario portugués. No puede sorprender que, en un país cuya estabilidad dependía en tan gran medida de que se evitara cualquier forma de confrontación con su único (y comparativamente grande) vecino, las fuerzas sociopolíticas que se comprometieron con un proceso de cambio político radical afirmarían que la Revolución necesitaba de la caída de la dictadura franquista y del triunfo de una cierta forma de democracia que el tiempo no confirmaría en su naturaleza rupturista, para usar la terminología del tiempo.

La «*última dictadura fascista da Europa*», una «*ditadura terrorista*» (*Avante!*, 25.9.1975) —así era definida por los comunistas portugueses el régimen franquista en esos últimos meses de vida de Franco—. Fórmulas, por lo demás, muy similares a las utilizadas por la oposición de izquierdas española y, en general, por el movimiento obrero a escala mundial. El *morir matando* de la dictadura franquista, ya lo sabemos de sobra, atrajo hacia España y, dentro de ella, en particular hacia el País Vasco, una atención especial que no tenía paralelo desde la Guerra Civil y los años de la posguerra mundial, en los que creció, vana y efímeramente, una ilusionada esperanza de que Franco cayera.

«*A Espanha vencerá!*», se gritaba en los mítines expresamente convocados por el PCP en solidaridad con «*a luta do povo irmão de Espanha*», que:

depois do 25 de Abril, como antes do 25 de Abril, para todos nós, portugueses antifascistas, para todos nós, comunistas portugueses, é sentida como uma parte integrante da nossa luta contra o fascismo, pela liberdade, pela democracia.

Entendamos que, en el especial circunstancialismo de la radicalidad del proceso revolucionario portugués, esta no sería sencillamente una generosidad retórica cuando se reclamaba, desde Portugal, que «os tiros disparados em Madrid, Burgos e Barcelona» por la represión franquista «visam também a liberdade em Portugal e as balas que mataram os 5 patriotas espanhóis» el 27 de septiembre de 1975 «atingem também os antifascistas portugueses e o povo português». Para el PCR, como, en general, para la izquierda portuguesa, el

fascismo mata também em Espanha porque o assusta a liberdade implantada em Portugal com o 25 de Abril e os reflexos que a vitória do povo português tem na luta pela libertação dos outros povos e do povo espanhol também.

Para el dirigente comunista Aurélio Santos, «cada golpe sofrido pelo povo espanhol sentimo-lo também na nossa carne» (cit. en *Avante!*, 2.10.1975).

«Aos patriotas antifascistas espanhóis», los socialistas garantizaban que «o vosso sacrificio não foi em vão». Para el órgano oficial del PS, «as vidas» de los cinco fusilados del 27 de septiembre «não eram só deles, porque também eram nossas». El razonamiento era exactamente el mismo que proponían los comunistas:

a nossa Revolução não é só nossa, porque também deles. Eles que souberam, pela Revolução, perder a vida exigem-nos que saibamos não perder a Revolução (António Mota Prego, en *Portugal Socialista*, 8.10.1975).

De esa forma, la lectura de la evolución contradictoria de los casos portugués y español que comunistas y socialistas hacían se acercaba mucho al discurso que, un poco en todos los sectores políticos ibéricos, se había hecho en coyuntura histórica de 1936-39: el modelo político dominante en cada uno de los dos Estados peninsulares dependía de la naturaleza, y de la consolidación, del otro. No solamente la Revolución portuguesa contenía en sí misma un mensaje y un significado que sobrepasaban sus fronteras nacionales, y muy especialmente las que separaban Portugal de España, sino que su supervivencia dependía del triunfo de la lucha antifranquista; por eso, «a nossa Revolução não é só nossa, porque também» sería española, y «cada golpe sofrido pelo povo espanhol» resultaba un golpe «también na nossa carne».

Era igualmente esa lógica que propiciaba ese fenómeno tan común de la apropiación de una realidad ajena y de su lectura a la luz y en los términos de la realidad propia. En el Portugal del Verano y Otoño de 1975, la situación española se leía y comentaba para que de ella se pudiesen sacar lecciones para el proceso político portugués. Todas las grandes fuerzas políticas organizadoras de opinión lo hicieron.

La lectura contrapuesta que socialistas y comunistas desarrollaban de aspectos específicos de la degradación del tardofranquismo es un ejemplo paradigmático. Los comunistas parecen haberse empeñado más en el análisis del caso español y el órgano

central del PCP, el *Avante!*, dedicó mucha más atención a los acontecimientos españoles de 1975-78 que el *Portugal Socialista*. El *Avante!*, en general reproduciendo tesis bastante clásicas de la lectura que del movimiento comunista internacional sobre la cuestión nacional y el recurso a la lucha armada en contextos no coloniales, evitaba, en los comentarios sobre el proceso político español, criticar las elecciones políticas coyunturales del PCE, con el cual era difícil, gestándose el ciclo del eurocomunismo carrillista, ocultar la mala relación.

Carrillo no era un personaje habitual en la prensa comunista portuguesa, pero frecuentaba más a menudo las páginas del *Portugal Socialista*. El secretario-general del PCE, todavía en el exilio, asiste en Lisboa al Congreso del PS a invitación personal de un Mário Soares táctico que, como relató veinte años más tarde:

queria aproveitar o contributo [do meu amigo Santiago Carrillo] para neutralizar a vaga comunista interna, que tanto pressionava os portugueses na altura (Soares, transcrito en AVILLEZ, 1996: 368).

En diciembre de 1974, cuando se realizó el primer Congreso del PS (que acababa de ser creado, un año antes, en una reunión en Alemania Occidental),⁹ los socialistas se deparaban con grandes dificultades en asegurarse un lugar central en el proceso de movilización social que se engrandecía con el paso de los meses sucesivos al 25 de abril, sintiéndose particularmente inhibidos ante la fuerza organizativa y la radicación social del PCP, por una parte, y el vigor de los múltiples movimientos de la extrema izquierda, por otra. El discurso del PS en esos momentos era básicamente el que querían que Carrillo viniera a Lisboa a pronunciar: al dirigente comunista español le parecía «*decisivo o entendimento entre partidos comunistas, socialistas, sociais-democratas e as correntes cristãs de esquerda*», buscando «*estabelecer um contacto directo com o PS e as forças democráticas portuguesas*» porque «*[nos] confrontamos com problemas comuns*» (*Portugal Socialista*, 19.12.1974). Mário Soares recordaba, hace unos diez años, que «*a imprensa esperava com curiosidade o discurso de Carrillo*», asegurando que Álvaro Cunhal, el secretario-general del PCP, «*[se] recusara a receber o secretário-geral dos comunistas espanhóis!*». Significativamente, el dirigente socialista recuerda igualmente que:

Felipe González tinha o seu próprio ponto de vista e não apreciou nosso critério. Retorquiu: «Pois é, os comunistas dos outros são sempre melhores do que os nossos!», e foi-se embora. Abandonou o Congresso antes do seu termo! (Soares, transcrito en AVILLEZ, 1996: 368-69).¹⁰

La confrontación política y social entre el PS y el PCP se agravaba. De un ciclo (hasta las elecciones constituyentes de abril de 1975) en el que reprochaba al PCP su desprecio por la *unidad de acción* con los socialistas, se había pasado a un otro en el que el PS, fortalecido por su victoria electoral¹¹, había elegido la vía del acoso político al PCP, en una estrategia que se afirmaba dirigida contra la instauración de una *dictadura de tipo soviético*, agregando, con el tiempo, a sus esfuerzos los aliados más improbables, desde la jerarquía católica y los apoyos de los gobiernos británico, alemán o norteamericano, a los medios civiles y armados de la ultraderecha.

En semejante contexto, la prensa socialista, sacando entrevistas a dirigentes del PCE, buscaba titulares que permitieran comprobar el aislamiento internacional del PCP, favorecido, en lo que a sus relaciones con comunistas italianos, franceses y españoles se refiere, por el ciclo *eurocomunista* que estos habían abierto –el PCI con su estrategia del *compromesso storico* con la Democracia Cristiana; el PCF con su *Programme Commun de la Gauche* firmado con socialistas mitterrandianos y con radicales; el PCE, previsible la muerte de Franco, empeñado en su atribulada estrategia de fundir la JDE con la PCD.¹²

Fue lo que ocurrió en octubre de 1975. Primero, una entrevista al dirigente del PCE Santiago Álvarez, en la que no se hacen referencias a desavenencias entre los comunistas españoles y portugueses, pero que llevaba como titular «*Somos solidários com o PS*» (*Portugal Socialista*, 1.10.1975). Álvarez había sido enviado por su partido a Portugal:

para analisar a situação política, após a qual elaborou um relatório à II Conferência Nacional do PCE realizada em Setembro de 1975 [...] extremamente duro com a atitude do PCP (SÁNCHEZ, 1993: 382).

Luego, el órgano oficial del PS transcribía una entrevista de Santiago Carrillo a la conocida periodista italiana Oriana Fallacci, publicada originalmente en el semanario italiano *L'Europeo* en la que el dirigente comunista español criticaba duramente las declaraciones concedidas por Álvaro Cunhal a la misma periodista meses antes, en las semanas siguientes a las elecciones constituyentes de abril de 1975. Según lo publicado por la periodista italiana en esa entrevista, luego desautorizada por el secretario general del PCP, Cunhal sostenía que:

os comunistas não aceitam o jogo das eleições. [...] As eleições não têm nada, ou têm pouquíssimo, a ver com a dinâmica revolucionária [...]. Portugal não deve ser um país de liberdades democráticas e monopólios. Não deve ser um companheiro de viagem das democracias burguesas, porque não o permitiremos. (Cunhal, cit. en SÁNCHEZ, 1993: 233)¹³

Preocupado en evitar la contaminación del proyecto *eurocomunista* por la actitud del PCP en el proceso revolucionario portugués, Carrillo aseguraba a Fallacci que «*o facto de os comunistas [portugueses] não respeitarem o resultado das eleições ganhas pelos socialistas feriu-nos muito. Muito*» –y esto era lo que los socialistas portugueses querían oír–. «*A direita disse logo: é isto que farão os comunistas em Espanha*», se quejaba el dirigente del PCE. «*Eu nunca farei o que fez Cunhal, nunca*», insistía.

Disse-o e direi enquanto tiver forças: os comunistas espanhóis não tentarão impor o socialismo. O socialismo tem de vir da vontade do povo, da maioria. Não se pode impor o socialismo contra o desejo das pessoas e à custa da liberdade (transcrito en *Portugal Socialista*, 22.10.1975).

Acusado por el PS, la nueva derecha democrática y sus aliados internacionales de priorizar la toma del poder y de menospreciar las libertades –*Socialismo em liberdade* era el eslogan elegido por el PS en 1975, rápidamente imitado por el PSOE («socialismo y libertad») y por el propio PCE («socialismo en libertad») (véase SÁNCHEZ, 1993: 380-81)–, el PCP, a propósito de las sentencias de muerte pronunciadas contra once activistas de ETA y del FRAP, ironizaba:

Não se ouvem os protestos indignados dos Governos da Europa capitalista pelas liberdades perdidas ou ameaçadas. O regime que está em Espanha, pelos vistos, está bem. Talvez lhe faltassem uns certos retoques demagógicos, sempre difíceis e incertos. [...] Kissinger;

el entonces secretario de Estado norteamericano, «*não fala de intervenção estrangeira*» como lo hacía relativamente a Portugal para denunciar lo que entendía ser la injerencia soviética a favor del PCP. «*Espanha vive a “liberdade” propicia aos negócios sedutores para os grandes magnates. [...] A “liberdade” que querem salvar em Portugal*» (telegrama del Secretariado del Comité Central del PCP a Arias Navarro, en *Avante!*, 4.9.1975).

La derecha clásica en general no se pronuncia sobre el problema español hasta el final del período revolucionario portugués, cuando, justamente, no se trataba ya de comentar los estertores asesinos de la dictadura de Franco sino ya un proceso de Transición que da sus primeros pasos. Son escasísimas las referencias del órgano oficial del PPD al tema. Sus fuentes, además, podían ser tan poco representativas como «*uma militante (na clandestinidade) do Partido Galego Social-Democrático*» que, justamente, no es identificada, para quien «*é urgente a união de toda a oposição democrática espanhola*» (*Povo Livre*, 25.9.1975). Delante de las condenas a muerte de septiembre, en España, esta derecha, formalmente heredera de los escasos sectores conservadores y liberales que habían empezado una difícil ruptura con la dictadura en sus últimos años, buscaba un paralelo con la violencia presente en el proceso de descolonización de los territorios africanos y asiáticos portugueses, que estaba llegando, por entonces, a su fin. «*A sentença de morte de Garmendia e Otaegui faz-me tremer da cabeça aos pés*», afirmaba Maria Luísa Caldeira, una dirigente popular democrática, en un mítin realizado en Oporto. En una evidente exageración de los hechos, que ningún análisis histórico posterior confirmaría,¹⁴ se preguntaba:

Mas que dizer dos milhares de nossos irmãos pelo sangue, barbaramente assassinados, condenados à morte e fuzilados... em Angola, Timor, Moçambique e Guiné Bissau? [...] Enquanto em Lisboa e no Porto se promovem manifestações por causa destes dois homens, há gente a morrer de fome no aeroporto de Luanda,

en referencia a los colonos portugueses que, ante el acercamiento de la fecha de la independencia angoleña y la internacionalización del conflicto, con los distintos movimientos de liberación luchando entre sí, mientras sudafricanos invadían el país desde el Sur y los cubanos se preparaban para intervenir en favor del Movimento Popular de Libertação de Angola (MPLA). «*E POR ELES, NÃO VAMOS FAZER NADA??? [sic]*» (*Povo Livre*, 11.9.1975).

Un papel muy especial representará, a lo largo de este período, ya lo pudimos percibir, la reacción portuguesa a las condenas a muerte de tres activistas de ETA y de ocho del FRAP en el Verano de 1975. Todo el mes de septiembre de ese año se llenó de manifestaciones y peticiones distribuidas un poco por todo el mundo para protestar contra las que serían las últimas ejecuciones ordenadas por Franco. En Portugal, ese período coincidió con la fase más aguda de la confrontación entre la

izquierda revolucionaria civil y militar, que acababa de ser despojada del liderazgo gubernamental (Vasco Gonçalves sustituido por Pinheiro de Azevedo) y de prácticamente todos los comandos militares. Es en un contexto tan políticamente tenso, marcado por un empuje muy nítido de la presencia de la extrema izquierda en la calle y dentro de los cuarteles, apoyada en la única estructura militar cuyo mando quedaba, todavía, en sus manos –el *Comando Operacional do Continente* (COPCON), bajo órdenes de Otelio Saraiva de Carvalho–, que se realiza toda la movilización popular contra el ciclo de represión final del franquismo.

Detengámonos sobre algunos detalles. Ante todo, en las manifestaciones y mítines que se convocan en solidaridad con los condenados de ETA y del FRAP, era solamente a dos de los activistas de ETA (Otaegi y Garmendia) que se solía hacer expresa referencia, el segundo de los cuales, hay que reseñarlo, acabará viendo su condena a muerte ser conmutada en cadena perpetua. A la resistencia vasca, efectivamente, se dedicaba una atención y una dimensión política más intensa que al FRAP, hasta tal punto que, en los titulares de la prensa de izquierdas, la definición de los condenados tiene casi siempre más que ver con «*militantes bascos*» que con «*patriotas espanhóis*» (*Avante!*, 4 y 25.9.1975), con «*cinco nacionalistas*» que con «*patriotas antifascistas espanhóis*» (*Portugal Socialista*, 1 y 8.10.1975) en una reveladora equiparación semántica entre *nacionalista* y *patriota* que, mezclando independentistas vascos con activistas no vascos de la revolución armada, acababa por contaminar la valoración de los segundos con calificativos aplicables a los primeros.¹⁵

Hasta en el caso del periódico de una de las organizaciones de la extrema izquierda portuguesa con más íntima relación con el FRAP, la UDP, se llamaba especialmente a que «*salvemos a vida dos dois antifascistas bascos*» (*O Grito do Povo*, núm. 46, 5.9.1975). Será justamente a este grupo político con un trabajo relativamente regular de contactos con el FRAP y el PCE (ml)¹⁶ que se atribuye la responsabilidad principal por el asalto a las instalaciones diplomáticas y consulares españolas en Lisboa, Oporto y Setúbal, en el que

largos milhares de antifascistas [...] pegaram fogo aos consulados luxuosos de Espanha e à Embaixada espanhola (a mais luxuosa Embaixada [sediada em] Portugal!) (O Grito do Povo, núm. 50, 3.10.1975).

«*Franco assassino: os teus dias estão contados*», se alardeaba en ese mismo número de *O Grito do Povo* en el que se criticaba duramente la actuación de la policía y de los militares destacados para contener a la multitud.

El problema para el resto de la izquierda, por el contrario, resultaba, además de la naturaleza misma del acto violento, de las consecuencias que se temía que éste pudiese conllevar para la Revolución portuguesa. El *Portugal Socialista*, que clamaba «*Nunca mais*» a propósito de la «*execução dos cinco nacionalistas fuzilados em Espanha*», describía así los sucesos:

Em Lisboa, ao princípio da madrugada, e principalmente após apelo radiofónico da UDP,

centenas de pessoas manifestaram-se frente ao Consulado da [sic] Embaixada de Espanha. Respondendo à violência [del régimen español] com a violência, à destruição com a destruição, em nome da «revolução cultural» os manifestantes saquearam e incendiaram todo o recheio daqueles edifícios que incluía quadros, tapeçarias e arquivos de interesse histórico.

Los socialistas entendían que

a grande responsabilidade de tão graves incidentes caberia à entidade (ou entidades) militar, que, não obstante os pedidos, desde há dias, feitos pelo ministro dos Negócios Estrangeiros, major Melo Antunes, no sentido de ser montado um dispositivo de segurança, deu ordem para que os militares da Polícia Militar ali destacados se limitassem a informar e a não intervir (Portugal Socialista, 1.10.1975; subrayado en el original).

El *Avante!*, comunista, había seguido las sucesivas

condenações à morte [em Espanha] de anti-fascistas –onze em menos de um mês[,] seis das quais ao abrigo da nova lei «anti-terrorista» que já serviu de pretexto para a prisão de cerca de 200 pessoas [y que] têm provocado uma onda de protestos dos trabalhadores (Avante!, 18 y 25.9.1975).

Álvaro Cunhal, que, el mismo día de los fusilamientos, llamaba a «*prestar homenagem às últimas vítimas da ditadura franquista, os cinco antifascistas hoje fuzilados*», advertía de que

por vezes a anarquia esconde o seu carácter contra-revolucionário aparentando defender as mais justas causas. Assim, por exemplo, nós sempre fomos e continuamos sendo activamente solidários para com a luta das forças e do povo espanhol pela sua libertação [...] mas condenamos firmemente, sem qualquer hesitação, a provocação levada a cabo esta madrugada contra a Embaixada de Espanha.

Otra vez, como tantas durante el proceso revolucionario, el PCP se encontraba delante de una interpretación maximalista que la extrema izquierda hacía del papel político de la reacción popular, buscando hacer pasar un discurso que le permitiera criticar un *exceso de celo revolucionario* sin perder la cara ante la furia más o menos espontánea de la masa. «*Tal provocação*», proseguía Cunhal,

*não serve a luta do povo espanhol, não serve a Revolução Portuguesa. Há verdades que é preciso dizer no sítio próprio e no momento próprio e não queríamos deixar passar este dia sem afirmarmos a nossa reprovação por uma iniciativa que certamente não serve o processo revolucionário português, não serve a vitória das forças revolucionárias em Portugal (Cunhal, transcrito en *Avante!*, 2.10.1975).*

En otro mítin convocado expresamente en solidaridad con la oposición antifranquista española, bajo el lema «*A Espanha vencerá!*», otro dirigente comunista, ya anteriormente citado, condena o «*assalto à Embaixada de Espanha em Lisboa*» porque

*cria maiores dificuldades [ao] sucesso da luta do povo português, fazendo o jogo da reacção e do fascismo em Portugal, dando pretexto para o agravamento das dificuldades que o fascismo espanhol quer criar à Revolução Portuguesa (Aurélio Santos, transcrito en *Avante!*, 2.10.1975).*

El análisis político del semanario comunista interpretaba directamente el ataque a las instalaciones oficiales del Estado español en Portugal «*como acontecimentos negativos, sob todos os aspectos, e como factores de agravamento da crise politico-militar em desenvolvimento*», haciendo con que

os comunistas [condenam] a conduta aventureira daqueles que[,] para manifestarem a sua repulsa pela violência irracional, criminosa e gratuita[,] recorreram a actos igualmente violentos e irracionais [...] [e] apenas ofereceram ao fascismo espanhol pretextos para atitudes que podem vir a criar maiores dificuldades a uma revolução cercada como é a nossa,

en una lógica que, como veremos, será la misma a través de la cual se analizaba la violencia de ETA y del FRAP.

Para el PCP, más que para los socialistas, los que habían estado en el asalto a la Embajada habrían caído en una trampa de la *estrategia de la tensión* adoptada por los «fascistas portugueses» para quienes

a Espanha é neste momento um ninho. Toda essa escória, todos os terroristas do ELP e do MDLP desejam, em vez de temer; um aumento da tensão que desde o 25 de Abril assinala as relações oficiais entre Lisboa e Madrid. Pretendem rédea livre para se entregarem a toda a espécie de provocações na fronteira, para introduzirem armas em Portugal, para montarem os seus quartéis gerais a dois passos das cidades portuguesas. Foi aos golpistas ligados a Spínola, aos Alpoim Galvão e a outros criminosos da sua igualha que os incendiários de Palhavã e da Rua do Salitre,

donde se localizaban la Embajada y el Consulado españoles, «*prestaram um grande serviço*» (*Avante!*, 2.10.1975)

La derecha del PPD, por su parte, condenaba, a través de un

Comunicado final do Conselho Nacional [y] com veemência as execuções verificadas em Espanha, repudiando em termos absolutos a pena de morte [...] mas verberou também a violência e a pilhagem de que foram alvo as instalações diplomáticas e consulares de Espanha, considerando-as meios inadequados para a expressão pública dos sentimentos de protesto e solidariedade do Povo Português.

Sin embargo, el caso servía todavía de pretexto para reproponer una condena paralela de los «acontecimientos de Angola e Timor, deplorando com indignação as mortes, violências e depradações de que foram vítimas cidadãos portugueses» (*Povo Livre*, 1.10.1975).

Resumendo, de una forma u otra, la izquierda clásica (comunistas y socialistas) civil y la nueva izquierda militar (el MFA) que el proceso revolucionario había configurado como tal, acabaron interpretando el apoyo del tardofranquismo a los medios antirrevolucionarios portugueses como una última versión de un inevitable *peligro español* que amenazaba a la integridad política portuguesa siempre que la fórmula política vigente en los dos Estados entraba en contradicción. Su estrategia, ya la hemos entendido, era la de evitar elementos de tensión con el Gobierno de Franco, intentando controlar de algún modo los movimientos de la oposición armada española, contrariando actividades, consideradas excesivas, de repulsa por la dictadura franquista y por su apoyo a la contrarrevolución.

España? Qué España? De los fusilamientos del 27 de septiembre a la Constitución de 1978

Por último, la evolución de los acontecimientos de 1975 en España, la Transición todavía por empezar, suscitaba ya algunos problemas en algunas fuerzas sociopolíticas portuguesas, obligándolas a plantearse la cuestión de la naturaleza del Estado español y la problemática nacional en ella encerrada. Tres parecen haber sido las posiciones definidas en el marco político de las organizaciones que se definían como comprometidas con la Revolución. Dos de ellas siguen marcando la visión actual de una parte de la izquierda portuguesa sobre la cuestión nacional en España.

Empecemos por la izquierda radical. Comunistas y extrema izquierda, aunque llegando a conclusiones distintas, denunciaron desde luego el carácter genético de una evolución política sin rupturas, es decir, conducida a partir de las estructuras del mismo régimen. En un contexto en el que la lucha contra la dictadura aparecía protagonizada en gran medida por movimientos separatistas como ETA, estos sectores de la izquierda portuguesa parecen recuperar, hasta cierto punto, alguna continuidad con la tradición intelectual de las izquierdas obreras portuguesas del último cuartel de Ochocientos y de los años de la II República española, es decir, concebir a la Península Ibérica como un espacio federalizable.

La UDP, la más representativa de las organizaciones de la galaxia maoísta, denunciaba ya en 1974 la «*oligarquia ianqui[sic]-franquista*» y se asociaba a la «*luta pela República Popular e Federativa*» por la que «*marcha o PC de E (ml) e a FRAP*» (*O Grito do Povo*, núm. 28, 2ª quincena de agosto de 1974). Acentuándose la incapacidad física de Franco y planteadas alternativas a su desaparición, el llamamiento se repetiría un año más tarde: «*Nem Franco, nem Rei, nem Junta "Democrática" - República Popular e Federativa!*» (*O Grito do Povo*, núm. 46, 5.9.1975).

El PCP acabará, como en otros aspectos de la realidad española, produciendo un análisis más profundo y detenido, insistiendo en el carácter incompleto y dudoso de una democratización *controlada* desde el poder político y económico hegemónico en 1975, pero demostrando una gran cautela política en la cuestión de las nacionalidades históricas y en el problema vasco, hacia el que, terminado ya el proceso revolucionario portugués y abierto el proceso constituyente español, volverá más intensamente su mirada. En los años 1974-75, curiosamente, el análisis de la «*última ditadura fascista da Europa*», una «*ditadura terrorista*» (en *Avante!*, 25.9.1975), insiste particularmente en la práctica represiva evitando hacer referencia expresa a ETA o al problema de las nacionalidades, como si esto pudiera ser interpretado de forma hostil por parte oficial española —y esa sería, en los años a venir, la situación, efectivamente—. Una única vez, aparentemente, una mención indirecta al problema aparece en un documento regional (de Évora) de las estructuras formales del PCP, emitido a propósito también de los fusilamientos del 27 de septiembre, titulado «*Os povos de Espanha um dia serão livres*» (en *Avante!*, 2.10.1975).

Será ya en el período de ratificación plebiscitaria del texto constitucional español (otoño de 1978) que el órgano oficial del PCP propone una respuesta a las preguntas «*Porquê o terrorismo em Espanha?*» y «*[O] Terrorismo não tem cor?*» –en una fase histórica que coincide, no lo olvidemos, con la más impresionante de las ofensivas de las *Brigadas Rojas* en Italia, secuestrando (marzo) y matando (mayo) al expresidente del Gobierno italiano Aldo Moro–. Los comunistas portugueses recordaban como estaba siendo «*difícil [a] caminhada para a democracia*» en España, y como era «*singular [o] processo de regeneração do fascismo franquista por “via pacífica”*». Por eso, justificaban,

é evidente que o empenhamento de um vasto leque político na democratização do país enferma de fundas contradições, dado que tal empenhamento varia táctica e estrategicamente consoante as forças e os respectivos interesses de classe,

evitando así, pese a las diferencias significativas que les separaban, criticar a sus camaradas españoles. Sin embargo, y desarrollando un análisis clásico suscrito por el movimiento comunista sobre problema del recurso a la lucha armada, el PCP entendía que

não deixa de ser inquietante a proliferação de actos terroristas que, acobertados por justificações «revolucionárias», não passam, a maior parte das vezes, de puros actos de violência gratuita e até de banditismo. Actos esses vindos não só de agrupamentos «clandestinos» de extrema-direita mas também desde organizações esquerdistas pseudo-revolucionárias [...] que têm vindo a servir objectivamente os desígnios das forças mais reaccionárias do país.

Los comunistas portugueses llamaban la atención para una «*onda de violência terrorista que percorre a Espanha há uns tempos, coincidindo com a aprovação da nova Constituição espanhola*» y que estaba «*abrindo caminho para manifestações fascistas, muito “preocupados” com a violência no país*» (*Avante!*, 9.11.1978). En síntesis,

o terrorismo alimenta o fascismo [y] a Espanha é [...] hoje um exemplo prático de como terrorismo e política de direita se entrelaçam, de como o terrorismo favorece a direita e é arma sua, um exemplo de resistência encarniçada das forças de direita, a sua hostilidade, o seu temor; face a quaisquer passos para a democracia, mesmo quando tímidos (*Avante!*, 23.11.1978).

Porque, para los comunistas portugueses, sintiéndose protagonistas en 1974-75 de una experiencia revolucionaria sin paralelo en Europa desde la Liberación de 1944-45, los «*passos para a democracia*» en España eran, efectivamente, «*tímidos*» –como *tímidos* eran los acercamientos del PCP a la cuestión nacional–. Por ejemplo, al afirmarse que «*em Espanha, o terrorismo [se] insere numa situação política muito complexa*», el *Avante!* subrayaba que la «*autonomia regional que se insere na nova Constituição de Espanha*» era «*limitada*» (*Avante!*, 16.11.1978). El tema vasco se apreciaba, creo que por primera vez de forma directa, días después del referéndum constitucional, subrayando como «*a elevadíssima abstenção no País Basco dá-nos a medida de um dos muitos problemas que não estão resolvidos, porque [constituem uma] herança do franquismo*». Los comunistas portugueses admitían que

em Espanha, com a votação da nova Constituição, que reconhece a Declaração Universal dos Direitos Humanos e garante os direitos democráticos fundamentais, um passo importante foi dado na democratização da vida nacional,

pero, no obstante, «*o caminho democrático aberto em Espanha não toca para [nada]¹⁷ as estruturas da sociedade*, y entre éstas, el análisis del PCP no relevaba al problema de la autodeterminación, sino a cuestiones socioeconómicas como el «*desemprego*», la «*alta do custo de vida*» o el «*desequilíbrio social*» (*Avante!*, 14.12.1978).

Semejante precaución en el tratamiento de la cuestión vasca permite imaginar que el PCP suscribiera el informe de Dolores Ibárruri al Comité Central del PCE de septiembre de 1970, que una editorial (*Seara Nova*) asociada al PCP publica en Portugal en los primeros meses de 1978 bajo el título de *Espanha, Estado multinacional*, con prefacio (para la edición portuguesa) de José María González Jerez, en el que la presidenta del PCE afirma a sua camaradas que

vos comprometo ou obrigo a acrescentar, aos múltiplos motivos que impulsionam e animam a nossa luta contra a ditadura, mais um: o da defesa do direito à autodeterminação das nacionalidades existentes no nosso país porquanto, entre as questões que na luta pela democratização de Espanha deverão ser resolvidas com prioridade em relação a outras mais gerais, está o problema nacional, que é, em substância, o direito da Catalunha, Euzkadi [sic] e Galiza disporem livremente dos seus destinos» (pp. 18-19).

Hablé, al inicio de este apartado, de tres posiciones dentro de la izquierda portuguesa. La tercera, naturalmente, corresponde a la del PS, que, acompañando la pragmatización de sus compañeros españoles, gradualmente desliza desde expectativas de cambio radical de la forma de Estado en España hacia posturas de compromiso (hoy diríamos *constitucional*, justamente). Por ejemplo, al final de 1974, invitado Santiago Carrillo al Congreso socialista de diciembre de ese año, el *Portugal Socialista* averigua cerca del dirigente eurocomunista sobre las «*forças revolucionárias*» y las «*perspectivas revolucionárias*» en Espanha, en términos, reconozcámolo, muy del período revolucionario portugués. Carrillo insistía entonces que «*Juan Carlos não é a solução, porque é uma criação do franquismo que jurou continuar com este regime*». Y si el secretario general del PCE «*não [sabia] ainda qual será a forma de Estado na futura Espanha democrática*», dejaba clara constancia de que era «*evidente que os comunistas, e igualmente os socialistas, são partidários da República*» (en *Portugal Socialista*, 19.12.1974).

Los socialistas portugueses, al contrario de los comunistas, pasaron a ocupar la dirección del Estado a partir del Verano de 1976, y desde ahí asistieron al arranque de la Transición española, por lo menos hasta el Verano de 1978, cuando Mário Soares fue cesado como Primer Ministro. Su actitud ante el proceso español dejó, desde entonces, cualquier veleidad *rupturista*. La construcción del discurso que el PS y el mundo intelectual a su alrededor mantienen sobre la reemergencia de la democracia en España tiene fortísimos condicionantes en los *deberes* de las relaciones entre los dos Estados y en aspectos de la percepción individual de figuras como Don Juan Carlos, Adolfo Suárez o hasta Don Juan de Borbón. Un «*Rei D. Juan Carlos, grande amigo de Portugal*», un Suárez «*peessoa encantadora, firme, corajosa, inteligente, com ampla visão, que viria a desempenhar um papel histórico na transição espanhola para a democracia*» y un «*Conde*

de Barcelona [...] [que] era um liberal, educado em Inglaterra, e toda a vida foi crítico de Franco» y que habría «[desempenhado] um papel determinante no longo caminho da Espanha para a democracia» aparecen en el discurso retrospectivo de Mário Soares como figuras esenciales en la construcción de esa *Espanha democrática, descentralizada* [...] *a tentar resolver o problema tão delicado e complexo das suas autonomias –que veio a consagrar constitucionalmente–* y que «*não tem nada a ver com o centralismo expansionista castelhano que Franco encarnou na sequência lógica da sua vitória na Guerra Civil Espanhola*». Soares, en su proverbial inmodestia, se atribuye un papel relevante en la legalización del PCE: a Suárez, en una cumbre en Lisboa realizada en noviembre de 1976, le habría advertido de que, «*se não fosse permitido aos comunistas “passar à legalidade”, ninguém acreditaria, no Mundo, na abertura espanhola*», y el presidente del Gobierno español «*telefonou-me*», meses más tarde, «*para me avisar que conseguira seguir o meu conselho [e me encarregar] de dizer isso mesmo aos dirigentes europeus*». Fue entonces, según el expresidente ministro y expresidente de la República Portuguesa, que «*fiz [...] a defesa da democracia espanhola, que então se iniciava*» (Soares, transcrito en AVILLEZ, 1996: 57, 90), lo que, curiosamente, acaba de representar la inversión de lo que hoy mayoritariamente se insinúa en el debate comparativo de las dos experiencias de democratización: Soares, desde su puesto institucional al mando de un sistema político construido a través de un proceso revolucionario (que, según esta versión, se había dejado llevar por excesos antidemocráticos) *bendice* la Transición española, pilotada, esa sí, desde dentro de un régimen autoritario que se *regenera* a través de un esquema (descrito como preferible, o hasta ideal) de pactos con las fuerzas *responsables* de la oposición.

La normalización democrática: pragmatismo y nacionalismo retórico en Portugal

La discusión sobre la naturaleza del Estado español y la calidad de su sistema democrático no volvió, en gran medida, a ocupar directamente a las grandes fuerzas políticas portuguesas desde prácticamente el período constituyente español. En el ámbito de este artículo no cabe más que una interpretación sintética de los últimos 25 años.

Europeístas pragmáticos, socialistas y derecha moderada (PSD y el CDS/PP mientras está en el Poder) adecuaron a tiempos democráticos el discurso doble que las elites gubernamentales de Lisboa mantienen sobre España desde tiempos salazaristas –una especie de «*no nos gustan pero tenemos que entendernos con ellos!*»–. Los gobiernos de la derecha con Cavaco Silva (1985-95) se llevaron bien con el PSOE/Felipe González, y lo mismo ocurrió entre el Gobierno socialista de Guterres (1995-2002) y de nuevo el de la derecha de Barroso (2002-04) con el PP/Aznar: todos tenían en común un proyecto de *modernización* socioeconómica de signo liberal, y, desde el lado portugués, se comprendió que resultaba obligado cooperar con Madrid en materia de política europea, sobre todo en lo que a la reivindicación de los fondos

comunitarios respecta, antes y después de la ampliación de la Unión Europea, sea quien sea el inquilino de la Moncloa.

España se transformó en 1986, casi de la noche al día, en el primer vendedor a Portugal y desde entonces, a menudo, también en su primer comprador. La liberalización del mercado de capitales obliga a alianzas, hasta ahora casi inéditas, entre el capital portugués y el capital español. Pequeños conflictos protagonizados por responsables políticos portugueses, resistiendo a determinadas actuaciones empresariales españolas (el ministro Sousa Franco contra el BSCH en 1999) no alteran este marco general de pragmatismo liberal. Sin embargo, es evidente entre los mismos sectores (socialistas y derecha clásica) que aplauden al modelo español de transición a la democracia una irreprimida decepción al haberse dado cuenta de la fragilidad portuguesa en el marco de una integración conjunta en Europa. Entre los más representativos de ellos, «98 portugueses preocupados» de variadísimos orígenes ideológicos, firmaron un documento público a propósito de las formas adoptadas por la presencia oficial española en la *Expo 98* de Lisboa en el que se lamentaban de que

a integração europeia realmente não era suposto que fosse, e não tem que ser, enviesada ocupação económica, financeira e comercial, e muito menos a anexação cultural do País pelos seus parceiros comunitários (véase *Público*, 4.4.1998).

El director del periódico de información general más leído en Portugal, el *Expresso*, esencialmente cercano a las tesis dominantes en el aparato del poder político, sostenía hace años en un editorial que Portugal se estaba volviendo «*A 6ª Região Espanhola*» (en *Expresso*, 11.10.1997), imaginando el Estado español de las Autonomías dividido en cinco y no en las 17 Comunidades Autónomas efectivamente existentes.¹⁸ El exministro socialista que se empeñó en 1976-77 en dismantelar la Reforma Agraria y se volvió una de las figuras más respetadas de las ciencias sociales portuguesas, António Barreto, exponía años antes sus (disparatadas, puramente idiosincrásicas y pseudoestéticas, en algunos casos) «*Razões para não gostar de Espanha*» (en *O Independente*, 24.1.1992), muy al gusto de unos artículos que Ramón de España firmó hace poco en un semanario satírico español...

El relativo éxito de los gobiernos González en la gestión de la participación española en el proceso europeo y la renacida tensión nacionalista de los gobiernos Aznar provocaron entre muchos portugueses, no tanto rechazo de determinados procedimientos políticos, sino verdadera envidia de la «*intervenção pública agressiva na defesa dos [seus] interesses*» que demuestra el Gobierno español en la cuestión de Gibraltar y, ¡hasta eso!, en la de Perejil, en contraposición con «*a forma confrangedora e acabrunhante como os responsáveis portugueses têm encarado a questão de Olivença*» (general Loureiro dos Santos, en *Diário de Notícias*, 4.6.2002). Casi al mismo nivel intelectual está, en el momento en que procedo a la revisión final de este texto (junio de 2005) y en el ámbito de la discusión del mal estado de la economía y, sobre todo, de la Hacienda Pública portuguesas, la oleada de comentarios que llenaron los media

y la conversación de café sobre cómo sería mejor que España nos anexionara o, directamente, habernos dejado quedar dentro de la *Unión Dinástica* de 1580-1640...

La derecha ideológicamente más movilizada (entre ellos, el CDS/PP mientras está fuera del Gobierno) y *patriotas* de todos colores siguen concibiendo y describiendo una España *una*, homogénea e inalterada, contrapunto *natural* (y conveniente) de una concepción nacionalista de Portugal que, desde la hecatombe final del nacionalismo portugués colonialista que acaparó la construcción de la identidad nacional entre el final del siglo XIX y la descolonización de 1974-75, tiene hoy naturales dificultades en asumirse públicamente como tal, como *nacionalismo*, aunque buena parte de la opinión pública comparta una componente u otra de sus concepciones. Lo que se produce a partir de la tradicional, y perenne, visión centralista de Portugal, prefiere percibir una España única, homogénea, de intenciones unívocas, como si fuese más fácil reivindicar contra ella la *diferença* portuguesa, en una percepción que poco tendrá que ver, creo, con decenas, o hasta centenares, de años de porosidad fronteriza entre Galicia y Minho y Trás-os-Montes, entre las zonas rayanas de ambos lados de la frontera política intraibérica.

El hecho de que el 45% del comercio exterior español con Portugal¹⁹ sea acaparado por el universo económico de las tres *comunidades históricas* españolas –Cataluña, Galicia y País Vasco– parece no haber cambiado todavía esta percepción mayoritaria de *una* y no *muchas* Españas, o de cada una de las naciones y regiones del Estado español. El dirigente más bien sucedido del CDS/PP en los últimos veinte años, Paulo Portas (ministro de Defensa en 2002-05), supo acrecentar al *atlantismo europeísta* tradicional del discurso de su partido en la democracia un *antiespañolismo* (véase *O Independente*, 24.5.1996) que repite los mismos argumentos del ministro de Defensa de Salazar, Santos Costa, en 1964, o del ya citado Botelho Moniz, en 1939, cuando ambos tuvieron que explicar a los patriotas de derecha como les parecía menos *peligrosa* una España *una* que una España cuyas partes plurales tragarían algunas de nuestras partes...²⁰ Éste mismo fue el razonamiento seguido por buena parte de la derecha portuguesa en su campaña referendaria de 1998 en la que consiguió rechazar la aplicación práctica de uno de los preceptos de la Constitución de 1976, la *Regionalización Administrativa* del territorio continental portugués. Y, personalmente, pude comprobar como este era, fundamentalmente, hasta, por lo menos, los últimos años noventa, el supuesto fundamental de las instrucciones políticas generales recibidas por la Embajada de Portugal en Madrid.

Los vascos, de nuevo...

En el terreno políticamente resbaladizo del planteamiento del problema vasco (o del terrorismo de ETA, según las interpretaciones) en Portugal, el Estado portugués se comportó siempre de manera a no suscitar recelos entre quienes gobernaban en Madrid. Recordemos que el Gobierno y las fuerzas de seguridad portuguesas colaboraron (e imagino que sigan colaborando) objetiva y empeñadamente con el Gobierno español en la represión antietarra. Es sobradamente conocido el reclutamiento en el

aparato militar y de seguridad portugués de mercenarios portugueses para operaciones de los GAL; los acuerdos entre Madrid y los gobiernos caboverdeano y santomense en este ámbito pasaron, con toda seguridad, por intermedio portugués. No antes de los últimos años noventa, y muy ocasionalmente, figuras de la izquierda intelectual y algunos dirigentes políticos, incluso algún socialista en períodos en los que el PS estaba en el Gobierno, se involucrarán en la denuncia de torturas en las cárceles españolas o de la falta de voluntad del Gobierno español en la resolución política del problema vasco, lo que permitió, efímera y vanamente, a Mário Soares, un par de años después de haber dejado la Presidencia de la República y coincidiendo con una tregua de ETA, aparecer muy discretamente, junto a Francesco Cossiga, como candidato a una intermediación que el Gobierno de Madrid jamás aceptó. La prensa portuguesa y la española concedieron amplia atención a las recogidas de firmas, realizadas en febrero de 1997 y febrero de 1998, primero en contra de la extradición de José Luis Telletxea Maya (acusado por la policía española de pertenecer al aparato de *mugas* de ETA, refugiado en Portugal desde, por lo menos, 1995), luego contra el encarcelamiento de todos los miembros de la Mesa Nacional de Herri Batasuna.

La reacción española no fue suave ni sutil. El Gobierno de Madrid ejerció una presión permanente, y pública, sobre el de Lisboa: «Abel Matutes, ministro de Asuntos Exteriores, expresó su temor de que [...] Portugal pueda convertirse en un santuario para ETA» (en *El País*, 4.3.1997), y «fontes policiais» españolas lo pasaban a describir en esos mismos términos, citadas por un periódico, el *Semanário* (2.8.1997), que se permitía publicar el titular «*ETA opera do Minho ao Algarve*». Por esas mismas fechas, el corresponsal lisboeta de *El País* hablaba de «anacrónicos restos del sustrato anticastellano» (*El País*, 14.2.1998) y Vicente Molina Foix calificaba de «segundones en lo que se refiere a la cultura [portuguesa]» los firmantes del documento contrario a la extradición de Telletxea, «[patrocinados] por un señor Alegre, vicepresidente socialista de la Asamblea de la República», que «[avalan] con su nombre a caudillos del pueblo o luchadores del fin de la libertad por el medio de la matanza de inocentes» (en *El País*, 4.3.1997).²¹

Efectivamente, entre 1997 y 2000, entre el caso Telletxea Maya, el secuestro y asesinato de Miguel Ángel Blanco²², la tregua de ETA y el encarcelamiento de la Mesa Nacional de HB, el problema vasco hizo su reaparición en la discusión política e intelectual portuguesa. Significativamente, se reanudaron las divisiones de opinión típicas del período revolucionario de 1974-75. A un lado, una parte de la izquierda radical, para quienes, sintéticamente,

existe um povo basco que foi colonizado por Castela. Tem uma língua, uma cultura, uma identidade próprias»; «Há terrorismo no País Basco. Há um terrorismo de Estado. E há um terrorismo que o enfrenta. Ambos com métodos inqualificáveis»; [a la prosecución del] conflito [...] não será indiferente o facto de a Espanha não ser uma República, mas sim uma monarquia imposta e não escolhida, em que tanto a forma do regime quanto a figura do monarca foram ditados por Francisco Franco, Caudillo de Espanha por la Gracia de Dios [sic]. Pela sua génese e pela visão do reino inquestionável e indivisível, a questão basca está

intrincadamente dependente do valor da coroa [Francisco Louçã, coordinador del Bloco de Esquerda (BE)²³, en *Público*, 16.8.2000],

que parece haber heredado la lógica del análisis del proceso político español de la extrema izquierda de 1974-75, corregida con la condena que ya entonces el PCP hacía del recurso a la lucha armada. En estos planteamientos convergían algunos intelectuales cercanos al PCP, sin que la dirección comunista tomase posición en el asunto, y algunos más cercanos al PS. Al otro lado, la misma mayoría multicolor, en la que se refleja el país oficial, el PS, la derecha y los editorialistas que, más atentos que antes a los media españoles, pasaron a llenar sus textos de frases de Juaristi, Muñoz Molina o Savater. De este lado, sustancialmente, se dice que

se é possível sentir alguma simpatia pelo romantismo dos jovens que nos últimos anos do franquismo militaram na ETA, é absolutamente impossível deixar de combater e denunciar os que prolongaram a «luta armada» já em democracia e se transformaram em terroristas sem referência e sem misericórdia; [...] É necessário que os extremistas bascos sejam tratados como merecem: como párias da democracia. É necessário que ninguém lhes estenda a mão. É necessário que o nacionalismo basco de cariz democrático [...] termine de uma vez por todas com o jogo duplo e deixe de amparar o radicalismo. Ou de o «compreender». Porque não há compreensão possível (José Manuel Fernandes²⁴, en *Público*, 15 y 18.7.1997).

Quizás más interesante todavía para entender la evolución ideológica de la izquierda portuguesa sea el modelo de líneas de ruptura que la atraviesan en el análisis del problema vasco y del español en general. Si a un lado se posicionan dirigentes *históricos* de la izquierda que hizo su trayectoria desde el revolucionarismo de los años inmediatamente posteriores al 25 de abril hacia el radicalismo desmarxizado, o, como mínimo, mucho menos identificable ideológicamente, del BE –Louçã o el historiador del Salazarismo, Fernando Rosas, y, secundariamente, Miguel Portas–, al otro nos deparamos con un conjunto significativo de dirigentes más jóvenes, o menos *históricos* del BE, que aprovechó la cuestión española para criticar

as democracias e as tradições democráticas e da esquerda europeia [que] estão habituadas a conduzir tudo à arena do discurso e da razão e [que se] dão muito mal com a irracionalidade e a violência pela violência. Só conseguem lidar com ela inventando-lhe «razões».

Para estos últimos dirigentes del BE,

a ETA responde a esta racionalidade a todo o custo [...], fazendo-se] associar hoje ao nacionalismo basco, segundo uma lógica que já não significa nada há 20 anos. Por debaixo das palavras não está nenhum exército de libertação nacional mas apenas criminosos que já não sabem viver fora do crime.

La extraordinaria conclusión que de todo esto se sacaba hace unos años era la de que

a derrota da democracia espanhola e o massacre dos povos de Espanha às mãos de Franco, Hitler e Mussolini [...] marcou como um ferro em brasa a identidade de várias esquerdas europeias, designadamente a esquerda comunista. Esta esquerda herdou da Guerra de Espanha uma reforçada desconfiança pela democracia parlamentar, uma obstinada admiração

pela luta armada, um ódio claro ao franquismo e a todas as suas sequelas, designadamente a monarquia espanhola.

De ahí que haya

[passado] a apoiar automaticamente quem quer que lhe pareça republicano e autonomista [em Espanha], chegando mesmo a confundir estas tradições políticas com a esquerda (Paulo Varela Gomes, José Manuel Pureza, Ana Drago, Fernando Nunes da Silva, en *Público*, 10.10.2000).

No llegando a elaborar semejante razonamiento histórico, de naturaleza retrospectiva (o *revisionista*, como se diría en otro contexto semántico...), el diputado comunista *renovador* João Amaral, por entonces en ruptura con la dirección del PCP, acusaba a Louçã y a Rosas de apoyar a ETA (en *Jornal de Notícias*, 12.10.2000), lo que, dentro de los límites del caso, demuestra como el problema vasco parecía ofrecer una significativa plataforma de, en palabras de Gomes, Pureza *et alii*, «*renovação da esquerda*».

«*A renovação da esquerda*», justamente, venían a decir estos representantes de una izquierda que se autodescribía ya como *renovada*²⁵,

faz-se de uma combinação virtuosa entre a memória histórica e a crítica à história. Porque nem aquela é um dogma nem esta é uma traição. [...] A esquerda portuguesa não será renovada enquanto não deixar em paz os seus mortos (en *Público*, 10.10.2000).

Curiosamente, los muertos no eran específicamente suyos. Eran españoles...

NOTAS

1. Sobre el tema, entre otros, escribí LOFF, Manuel (1996). *Salazarismo e Franquismo na Época de Hitler (1936-1942). Convergência política, preconceito ideológico e oportunidade histórica na redefinição internacional de Portugal e Espanha*. Porto: Campo das Letras, LOFF, 2000 y, todavía inédita, (2004) *As duas ditaduras ibéricas na Nova Ordem eurofascista (1936-1945). Autodefinição, mundivisão e Holocausto no Salazarismo e Franquismo*, disertación doctoral, Florencia: Instituto Universitario Europeo, 1843 pp..
2. In *Por Favor*, nº 12, 20.5.1974, reproducida en SÁNCHEZ, 2001: 153.
3. Es lo que, fundamentalmente, movilizó a Josep Sánchez Cervelló en su investigación, de la que produjo su SÁNCHEZ, 1993.
4. SARDINHA, António (1939). *La Alianza Peninsular*, 2ª ed. en España (1ª ed. en Portugal en 1924, en España en 1927); «Prólogo» del Marqués de Quintanar; «Prólogo a la primera edición» de Ramiro de Maeztú; «Unidad y dualismo peninsular» de José Pequito Rebelo. Segovia: Universidad Popular Segoviana, Acción Española, p. 49.
5. Discurso de Salazar ante la Asamblea Nacional, 22.5.1939, en SALAZAR, Oliveira [1943], *Discursos e Notas Políticas*, vol. III (1938-1943. Coimbra: Coimbra Editora, p. 148.
6. El presidente portugués declaró a Sánchez Cervelló que «*não falámos da ajuda espanhola à contra-revolução; desconhecíamos nesse momento que a Espanha a apoiava tão decididamente, até mesmo com armas*» (en SÁNCHEZ, 1993: 353).
7. *Policia Internacional de Defesa do Estado*, rebautizada *Direcção-Geral de Segurança* en 1969.
8. Sánchez refiere uno de los participantes en una reunión de finalización de la conspiración, realizada en Madrid el 9 de marzo, citando declaraciones del exgobernador de Angola Santos e Castro, «*que fazia a ponte entre a direcção dos contra-revolucionários portugueses e o governo espanhol*».
9. El PS de 1973, heredero de la *Ação Socialista Portuguesa* fundada también por Mário Soares en 1964, no hablaba, y no habla, de una *refundación* de la *Secção Portuguesa da Internacional Operária*, o *Partido Socialista Português*, fundado en 1875, con escasa implantación obrera en una sociedad que no se industrializará sino muy tardíamente, después de la II Guerra Mundial. Para acentuar su poca respetabilidad entre las fuerzas de la resistencia antisalazarista, el PSP se autodisolvio en 1933.
10. De hecho, el *Portugal Socialista* no publica cualquier entrevista con ningún dirigente socialista español de relieve, salvo a Carlos Ugarte, secretario internacional de las JJ. SS. (en *Portugal Socialista*, 27.12.1974).
11. En las constituyentes de 1975, el PS reúne casi el 38% de los votos, contra un 12,5% del PCP dentro de un 21% del (inasimilable) conjunto de votos emitidos a la izquierda del PS (PCP+aliados de tiempos de la resistencia antisalazarista+extrema izquierda).
12. El análisis que el PCP hizo en 1976 de sus relaciones con «*alguns partidos comunistas e revolucionários [que] tomaram uma atitude negativa em relação à Revolução portuguesa e particularmente em relação ao nosso Partido*» se encuentra en CUNHAL, Álvaro (1994), *A Revolução Portuguesa. O Passado e o Futuro*, 2ª ed. «precedida de um artigo do autor sobre «A Revolução de Abril 20 anos depois». Lisboa: Edições Avante!, pp. 467-70 (cursiva en el original).
13. La entrevista transcrita en FALLACCI, Oriana (1980), *Entrevista con la Historia*, 6ª ed.. Barcelona: Ed. Noguer, pp. 497-513. Cunhal repudia lo que llama la «*mentirosa acusação de que o PCP não queria e procurava impedir a realização de eleições*» en un subcapítulo de su obra (1999), *A Verdade e a Mentira na Revolução de Abril (A contra-revolução confessa-se)*. Lisboa: Edições Avante!, pp. 258-61.
14. Sobre la descolonización portuguesa, en español, véase SÁNCHEZ CERVELLÓ, Josep (1998). *El último imperio occidental: la descolonización portuguesa (1974-1975)*. Mérida: U.N.E.D./Centro Regional de Extremadura.
15. Los cinco fusilados del 27 septiembre, recordémoslo, son dos militantes de ETA (Ángel Otaegi y Juan Paredes Manot, alias *Txiki*) y tres del FRAP (José H. F. Baena, Ramón García y José L. Sánchez Bravo).
16. Según Sánchez Cervelló, el PC de E (ml) «*pediu*» en agosto-septiembre de 1975 «*aos seus aliados portugueses da UDP um estudo sobre o método para trabalhar politicamente entre os soldados*», buscando «*transformar o serviço militar obrigatório numa nova frente de luta revolucionária*» (SÁNCHEZ, 1993: 394).
17. El texto original parece claramente incompleto - «... não toca para as estruturas...» - aunque la solución que encontré para ese hiato sea claramente más típica del castellano que del portugués.
18. Traté esta temática en «Um complexo nacionalista mal assumido», en *História*, nº 50 [ano XXV (III Série)], Dossier «*O perigo espanhol. Portugal e Espanha: que relações, afinal?*», noviembre 2002, Lisboa, pp. 26-28.

19. En 2002, Cataluña compraba el 20,7%, Galicia el 20,1% y la CAV el 4,1% de todo lo que España importaba de Portugal; los catalanes vendían el 25,9% de todo lo que España exportaba a Portugal, los gallegos el 13% y los vascos el 5,6% (véase *O Independente*, 26.9.2003; fuente: ICEX).
20. «Reconheça-se [...] como ingenuidade dispensável a tranquila cegueira com que certas elites portuguesas observam a desarticulação do Estado espanhol. [...] É certo que as regiões "espanholas" têm ideias sobre Portugal e as suas "regiões", ideias muito variadas que vão da tenaz com que os catalães pretendem isolar os Estados peninsulares até à absorção económica ou domínio estratégico que, legitimamente, estão na carta de intenções de cada região espanhola que faz fronteira com um Portugal hipoteticamente regionalizado» (Portas, en *O Independente*, 24.5.1996). Sobre las opiniones de Santos Costa, véase el «*Preâmbulo*» a M.N.E. (org.) (1964), *Dez anos de política externa (1936-1947). A Nação portuguesa e a Segunda Guerra Mundial*, vol. III. Lisboa: Ministério dos Negócios Estrangeiros/Imprensa Nacional de Lisboa, pp. vii-xix.
21. En estos momentos (junio de 2005), Manuel Alegre, respetado poeta y resistente antifascista, se arriesga a ser el candidato socialista a la sucesión de Jorge Sampaio en la Presidencia de la República.
22. Sobre la recepción en Portugal del caso Miguel Ángel Blanco, véase PEREIRA, Rui (2000), *Euskadi. A guerra desconhecida dos bascos*. Lisboa: Editorial Notícias, pp. 23-24.
23. El Bloco de Esquerda nace en 1999 de la fusión formal de varios sectores trotskistas, el más importante de los cuales, el PSR, dirigido por Louçã, con la UDP de origen maoísta y algunos disidentes comunistas agrupados en *Política XXI*, a los que se reúne una serie de jóvenes docentes universitarios y de antiguos activistas de la extrema izquierda que habían dejado la actividad política.
24. Fernandes, director de *Público*, vuelto diario de referencia en los últimos quince años, curiosamente, y sin sorpresa, es un antiguo militante maoísta de los años setenta.
25. Coincidentemente, o no, João Amaral participaría en el 2001 en la constitución de una agrupación de disidentes del PCP bajo la designación de *Renovação Comunista*, la mayoría de cuyos dirigentes son regularmente cooptados para el interior de las listas electorales del BE.

Referencias bibliográficas

- AVILLEZ, Maria João (1996). *Soares. Ditadura e Revolução*. S.l.: Público.
— *Soares. Democracia*. S.l.: Público.
- DÂMASO, Eduardo (1999), *A invasão spinolista*, 2ª ed. [1ª ed.: (1997)]. S.l.: Círculo de Leitores]. Lisboa: Fenda.
- DURÁN MUÑOZ, Rafael (2000), *Contención y transgresión. Las movilizaciones sociales y el Estado en las transiciones española y portuguesa*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- LOFF, Manuel (2000). «Los regímenes autoritarios», en TORRE GÓMEZ, Hipólito de la (ed.). *Portugal y España contemporáneos, Ayer*, 37. Madrid: Marcial Pons, pp. 125-62.
- SÁNCHEZ CERVELLÓ, Josep (1993). *A revolução portuguesa e a sua influência na transição espanhola (1961-1976)*. Prefacio de Hipólito de la Torre. Trad. port. [Edición original]. Lisboa: Assírio & Alvim.
— (2000), «Las transiciones democráticas», en TORRE GÓMEZ, Hipólito de la (ed.). *Portugal y España contemporáneos, Ayer*, nº 37. Madrid: Marcial Pons, pp. 163-87.
— (2001), «Las transiciones peninsulares a la democracia: interacciones y percepciones mutuas», en TORRE GÓMEZ, Hipólito de la; TELO, António José (coords.), *La mirada del otro. Percepciones luso-españolas desde la historia*, Mérida: Editora Regional de Extremadura/Gabinete de Iniciativas transfronterizas de la Junta de Extremadura, pp. 143-67.

LABURPENA

Portugaleko eta Espainiako demokraziak garapen guztiz ezberdinen ondorioak dira, nahiz eta, egoera politikoari dagokionez, abiapuntu antzekoak izan. 1974-76 urteetan Portugaleko gizartea prozesu iraultzaile sakon batean murgildu zen; portugaldar iraultza jada bukatuta zegoenean, Espainian azken frankismoaren eta oposizioko eliteek demokraziarako bidea adostu zuten, elite frankistek, aldaketa politikoari babesa ematekotan, eskatzen zituzten funtsezko puntu batzuk baztertzen ez zituen bidea hain zuzen ere.

Testuinguru honetan, 1974-76 urteetan, apirilaren 25eko kolpe militarren bitartez, prozesu iraultzaileari hasiera eman zioten eragile nagusi anitzek irudipena izan zuten, espainiar mehatxuaren azken bertsiorean aurrean izan zitezkeela, alegia erregimen frankistak portugaldar iraultzaren aurkariei laguntza eman zitezkeela. Portugaleko demokraziaren sortzezko testuinguru iraultzaileak zeharo markatu zuen (eta markatzen segitzen du) nola ikusi zen eta gaur egun ere nola ikusten den Portugaletik Espainiako trantsizioa eta haren ondotik etorritako prozesu konstituziogilea: komunisten eta oro har muturreko ezkerren ikuspuntutik, arazo nazionala konpondu gabe gelditu zen, benetako haustura gauzatu ez zelako; sozialistek eta eskuin moderatuak, alegia europazale pragmatikoez, Salazarren garaitik Lisboan politikarien artean nagusi izan zen diskurtsoa garai demokratikoetara egokitu zuten («Ez ditugu gustuko, baina haiekin moldatu beharra dago»); betiko eskuinak eta mota guzietako abertzaleek Espainia bat eta bakarra, homogenea eta aldatu gabea ikusten eta deskribatzen jarraitu zuten, egokia zelako Portugal nazionalista baten aurkari natural gisa aurkezteko.

ABSTRACT

What today is described as the Portuguese and Spanish democracies were the result of the development of a very different process from structurally similar political states. Portuguese society became immersed in an intense revolutionary process in the years 1974-76 and was coming to a conclusion when late Francoist elites and oppositionists agreed on a process of transition to democracy (1976-78) in Spain which did not rule out some of the essential assumptions with which the majority of the Francoist regime agreed to face political change. In this setting, 1974-76, a large number of the protagonists of the revolutionary period, which the military attack of 25 April somewhat surprisingly unleashed on Portuguese society, believed themselves to be submitted to a later version of the Spanish threat, that is, the Late Francoist support to the anti-revolutionary Portuguese media. The perception which, from Portugal, one had of the Spanish Transition and of the constituent process which followed it continues, to the present time, notably marked by this foundation context of the Portuguese democracy: for the radical left (communists and extreme left wingers) the absence of a true rupture led to a political situation in which the national problem remained unresolved; pragmatic pro-Europeans (socialists and moderate right wingers) adapted the twofold debate of political power from Lisbon from the time of Salazar to democratic times ("We do not like them but we have to get on with them!"); the traditional right and patriots of all colours continue to perceive and describe Spain as one, homogeneous and unchangeable, a natural (and convenient) counterpoint of a nationalist perception of Portugal.